

La España del *Quijote*: coyuntura histórica y sociedad (algunas anotaciones)

IGNACIO ARELLANO*

EL QUIJOTE, SÍMBOLO DE SU ÉPOCA

El *Quijote*, se ha dicho, es el símbolo de su época. El historiador José María Jover resaltaba “su condición de breviario y culminación de una cultura; exponente del conjunto de actitudes espirituales y mentales vigentes en la sociedad española por las décadas que presencian la transición del siglo del Renacimiento al siglo del Barroco; de reflejo fiel de ese mundo de hidalgos y escuderos, de cabreros y disciplinantes, duques y frailes, pícaros y galeotes, galeras y rebaños, ventas, cabañas y castillos en que encarnó y cobró vida nuestra cultura nacional en su época de máximo apogeo”. Todo eso es cierto si se tiene en cuenta que ese “reflejo fiel” es siempre artístico, y no la mera imagen que un espejo devuelve mecánicamente.

No intento, pues, estudiar la coyuntura histórica y la sociedad española tomando al *Quijote* como documento, lo cual bien puede hacerse, pero sería tarea propia de un historiador. Ni tampoco persigo un examen sistemático que exigiría un libro.

Trataré solamente de ejemplificar algunos aspectos parciales y aleatorios, aunque significativos a mi juicio, de la España del *Quijote* acudiendo a pasajes de la obra y añadiendo unos breves comentarios¹.

* Universidad de Navarra

¹ Ver el volumen coordinado por A. FEROS y J. GELABERT, *España en tiempos del Quijote*, Madrid, Taurus, 2004.

LAS CRISIS

La España de Cervantes pasa por una coyuntura que desorienta a los ingenios menores y que permite a los genios mayores una síntesis renovadora de la mirada crítica y de las técnicas literarias. Domina el sentimiento de una crisis continua: a la expansión anterior sucede la reducción demográfica, la disfunción económica (la plata de las Indias provoca más inflación que desarrollo), las quiebras del sistema social. Aparecen muletillas que en la segunda mitad del XVII serán omnipresentes: repasando los *Avisos* de Barrionuevo (ciertamente posteriores en unos 40 años al *Quijote*), se lee a cada página: “No se halla un cuarto”, “El mundo está para dar un estallido”...

Se suceden bancarrotas en 1557, 1575, 1597, 1607 (dos años después de la Primera Parte del *Quijote*). Proliferan los arbitristas o procuradores de remedios, que intentaban aportar soluciones para mejorar esa “república de hombres encantados que viven fuera del orden natural”, en frase muy citada de Cellorigo (un arbitrista serio). Recuérdese aquel arbitrista que el buscón don Pablos de Quevedo topa en su camino de Segovia, que quería proponer al rey la desecación del mar de Ostende con esponjas.

Don Quijote, en realidad, es uno de esos hombres encantados y arbitrista enloquecido, que ha experimentado lo que significa ser un hidalgo de medio pelo, y que aspirando a más “se ha puesto *don* y se ha arremetido a caballero con cuatro cepas y dos yugadas de tierra y con un trapo atrás y otro adelante”. Y sale a los caminos intentando arreglar las injusticias, en pos de una utópica Edad de Oro que pertenece al pasado: error de perspectiva de este loco, pero no solo de él: Quevedo defiende el mismo “retorno medieval” en su *Epístola satírica y censoria* a Olivares como remedio para las corrupciones. En efecto, Quevedo manifiesta su creencia en que Olivares pueda traer una depuración de los vicios de la España contemporánea (la molicie, el dominio del dinero, el olvido de las virtudes nacionales, la degeneración de las costumbres...) regresando a una antigua edad de oro:

Yace aquella virtud desaliñada,
que fue, si rica menos, más temida,
en vanidad y sueño sepultada.

[...]

Hoy desprecia el honor al que trabaja

[...]

¡Qué cosa es ver un infanzón de España
abreviado en la silla a la jineta
y gastar un caballo en una caña!

[...]

Pasadnos vos de juegos a trofeos,
que solo grande rey y buen privado
pueden ejecutar estos deseos.

Don Quijote es como un arbitrista que no practicara el consejo teórico, sino la acción.

Pero ya no son tiempos de caballeros andantes: nada de extraño tiene el fracaso del hidalgo en un mundo que no comprende. Libro complejo *Don Quijote*, como la sociedad en la que nace: cruel y cómico, trágico y festivo. Con el reinado de Felipe III se abre una etapa de paz y de festejos, como si to-

dos quisieran enmascarar situaciones problemáticas con el fasto de las celebraciones. El *Quijote* refleja esta antítesis: como ha escrito Augustin Redondo², es un “libro paradójico, festivo y alegre por una parte, profundamente pensado y reflexivo por otra, con un héroe loco-cuerdo, cómico y trágico a la vez”, y se pregunta si no serán el libro y el héroe un símbolo de la España que los rodea.

Sea como fuere no todo es crisis. Las cosas no están tan mal como llegarán a estarlo. La actividad económica no cesa en el ámbito rural de la Mancha, lleno de labradores, pastores, molinos de viento, mercaderes de seda, trahuyones de ganados... En realidad la novela presenta una panorámica social de ámbito rural, con pequeños atisbos urbanos, sobre todo en los episodios de Barcelona.

LA VIDA RURAL, CAMINOS Y VENTAS

No parece haber hambre en lugares donde se pueden celebrar banquetes como en las bodas de Camacho, que Sancho no duda en disfrutar. Don Quijote ha de mirar con cuidado sus gastos, pero su alimentación es aceptable, aunque sin ningún exceso:

Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lantejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda (I, 1).

Más vaca que carnero: a la altura de 1582, según la viajera madame D'Aulnoy, la vaca costaba 10 maravedís por libra, mientras el precio del carnero era de unos 16 maravedís.

De todas las comidas es la sustanciosa olla podrida (mezcla de verduras, carnes, aves, tocino, embutidos y cuanto hay) la favorita del escudero:

Y Sancho dijo:

—Aquel platonazo que está más adelante vahando me parece que es olla podrida, que por la diversidad de cosas que en las tales ollas podridas hay, no podré dejar de topar con alguna que me sea de gusto y de provecho.

—Absit! —dijo el médico—. Vaya lejos de nosotros tan mal pensamiento: no hay cosa en el mundo de peor mantenimiento que una olla podrida. Allá las ollas podridas para los canónigos, o para los retores de colegios, o para las bodas labradorecas, y déjennos libres las mesas de los gobernadores, donde ha de asistir todo primor y toda atildadura; y la razón es porque siempre y a doquiera y de quienquiera son más estimadas las medicinas simples que las compuestas, porque en las simples no se puede errar y en las compuestas sí, alterando la cantidad de las cosas de que son compuestas; mas lo que yo sé que ha de comer el señor gobernador ahora, para conservar su salud y corroborarla, es un ciento de cañutillos de suplicaciones y unas tajadicas sutiles de carne de membrillo, que le asienten el estómago y le ayuden a la digestión (II, 47).

En un arancel de figón de 1617 se encuentra una lista de ingredientes de una olla podrida excepcional (camachesca): pernil de tocino, gallina, vaca,

² Ver el libro de A. REDONDO, *Otra manera de leer el Quijote*, Madrid, Castalia, 1997.

carnero, palomos, solomo de puerco, perdiz, liebre, morcillas de puerco, lenguas, pies de puerco, testuces, salchichones, huevos, harina, manteca, nueces, avellanas, piñones, dátiles, tallos de berza, nabos, garbanzos, cilantro, alcaramba y castañas³.

No la hallará Sancho guisada tan densa en las ventas castellanas, lugares que en la novela (y en la realidad) más parecen de penitencia que de acomodo. Baste recordar la miserable cena de abadejo que es lo único que tienen en la venta de su primera salida:

... acertó a ser viernes aquel día, y no había en toda la venta sino unas raciones de un pescado que en Castilla llaman abadejo, y en Andalucía bacallao, y en otras partes curadillo, y en otras truchuela. Preguntáronle si por ventura comería su merced truchuela, que no había otro pescado que dalle a comer.

—Como haya muchas truchuelas —respondió don Quijote—, podrán servir de una trucha, porque eso se me da que me den ocho reales en sencillos que en una pieza de a ocho. Cuanto más, que podría ser que fuesen estas truchuelas como la ternera, que es mejor que la vaca, y el cabrito que el cabrón. Pero, sea lo que fuere, venga luego, que el trabajo y peso de las armas no se puede llevar sin el gobierno de las tripas.

Pusieronle la mesa a la puerta de la venta, por el fresco, y trújole el huésped una porción del mal remojado y peor cocido bacallao, y un pan tan negro y mugriento como sus armas (I, 2).

Sobre las ventas hay mucha literatura y siempre aparecen como en el *Quijote* o peor: lugares donde no hay ninguna comodidad, donde los venteros ejercen el fraude y el robo, y son figuras cercanas a los maleantes, como el ventero del capítulo 2 de la Primera parte, “no menos ladrón que Caco, ni menos maleante que estudiantado paje”, experto en el mapa de la delincuencia española del Siglo de Oro, que había recorrido toda España

sin que hubiese dejado los Percheles de Málaga, Islas de Riarán, Compás de Sevilla, Azoguejo de Segovia, la Olivera de Valencia, Rondilla de Granada, Playa de Sanlúcar, Potro de Córdoba y las Ventillas de Toledo y otras diversas partes, donde había ejercitado la ligereza de sus pies, sutileza de sus manos, haciendo muchos tuertos, recuestando muchas viudas, deshaciendo algunas doncellas y engañando a algunos pupilos, y, finalmente, dándose a conocer por cuantas audiencias y tribunales hay casi en toda España.

Conocido es el importantísimo papel que tienen las ventas en el *Quijote*, y no me demoraré en esto. Baste señalar que funcionan como un espacio privilegiado de síntesis social, donde se juntan arrieros, caballeros, viajeros, cuadrilleros de la Santa Hermandad, prostitutas y cuanto hay, y donde, por la invención cervantina, se producen estupendos encuentros y maravillosas coincidencias, como si quisiera contraponer un ámbito cotidiano a la invención desatada (que no obstante siempre se guarda de “lo imposible metafísico”).

De los grupos sociales que pueblan la España de su tiempo asoman en el *Quijote* algunos que merecerían un comentario particular.

³ Ver M. SANTAMARÍA ARNÁIZ, “La alimentación”, en *La vida cotidiana en la España de Velázquez*, ed. J. Alcalá Zamora, Madrid, Temas de hoy, 1989, pp. 305-36, cita en p. 311.

Destaca la representación de los pobladores del mundo rural que formaba la parte esencial de la Mancha y de toda la Monarquía española de principios del XVII: los personajes de la familia de don Quijote, sus amigos y vecinos de ese innominado lugar del cual no ha querido acordarse el narrador, forman un conjunto de unas quince personas que son muestras de sus respectivas categorías: el ama y la sobrina, Sancho Panza y su familia con el otro labriego Pedro Alonso (el buen samaritano que recoge a don Quijote en su primera salida), el bachiller Sansón Carrasco, el cura y el barbero, don Pedro Gregorio (el mancebo mayorazgo rico que se enamora de la hija del morisco Ricote), el mismo Ricote, un tendero morisco...

Familia campesina típica es la de Sancho Panza, labrador pobre, diferente de la modalidad del labrador rico, figura o categoría fundamental en la sociedad aurisecular, que protagonizará también muchas comedias como *El alcalde de Zalamea* de Calderón o *El villano en su rincón* de Lope: este labrador rico⁴ –básico en la estructura social–, está representado en el *Quijote* por personajes como Camacho, Haldudo o la familia de Dorotea, dueña de molinos de aceite, lagares de vino, colmenas y ganados sin cuento. Aunque Dorotea se califica de humilde en comparación con don Fernando, sabemos que es hija “del rico Clenardo”. También de Marcela se precisa que es la hija de “Guillermo el rico”:

... este mi amo no es caballero ni ha recibido orden de caballería alguna; que es Juan Haldudo el rico, el vecino del Quintanar (I, 4).

Fue creciendo la edad, y acordó el padre de Quiteria de estorbar a Basilio la ordinaria entrada que en su casa tenía; y, por quitarse de andar receloso y lleno de sospechas, ordenó de casar a su hija con el rico Camacho, no pareciéndole ser bien casarla con Basilio, que no tenía tantos bienes de fortuna como de naturaleza (II, 19).

[Dorotea] –Deste señor son vasallos mis padres, humildes en linaje, pero tan ricos que si los bienes de su naturaleza igualaran a los de su fortuna, ni ellos tuvieran más que desear ni yo temiera verme en la desdicha en que me veo; porque quizá nace mi poca ventura de la que no tuvieron ellos en no haber nacido ilustres. Bien es verdad que no son tan bajos que puedan afrentarse de su estado, ni tan altos que a mí me quiten la imaginación que tengo de que de su humildad viene mi desgracia. Ellos, en fin, son labradores, gente llana, sin mezcla de alguna raza mal sonante, y, como suele decirse, cristianos viejos ranciosos; pero tan ricos que su riqueza y magnífico trato les va poco a poco adquiriendo nombre de hidalgos, y aun de caballeros (I, 28).

Se trata de un mundo campesino con sus costumbres, fiestas, juegos y creencias, aficionado al refranero y a los cuentecillos populares, como el mismo Sancho, inmerso en una cultura oral (el 90% de los campesinos son analfabetos), que no le impide conocer los libros de caballerías, leídos a los circunstantes por alguno de los pocos lectores. Recordaré solo la importancia del romancero en la primera salida de don Quijote, cuando se cree Val-

⁴ Ver N. SALOMON, *Lo villano en el teatro del Siglo de Oro*, Madrid, Castalia, 1985.

dovinos; o la del refranero sanchopancesco en todo el libro, que ya enfada a don Quijote:

–¡Maldito seas de Dios y de todos sus santos, Sancho maldito –dijo don Quijote–, y cuándo será el día, como otras muchas veces he dicho, donde yo te vea hablar sin refranes una razón corriente y concertada! Vuestras grandezas dejen a este tonto, señores míos, que les molerá las almas, no sólo puestas entre dos, sino entre dos mil refranes, traídos tan a sazón y tan a tiempo cuanto le dé Dios a él la salud, o a mí si los querría escuchar.

–Los refranes de Sancho Panza –dijo la duquesa–, puesto que son más que los del Comendador Griego, no por eso son en menos de estimar, por la brevedad de las sentencias. De mí sé decir que me dan más gusto que otros, aunque sean mejor traídos y con más sazón acomodados (II, 34).

O los cuentecillos folklóricos como el del pueblo del rebuzno, o el de las cabras que cuenta Sancho con tanta prolijidad en el capítulo 20 de la Primera Parte:

... yo me esforzaré a decir una historia que, si la acierto a contar y no me van a la mano, es la mejor de las historias; y estéme vuestra merced atento, que ya comienzo. “Érase que se era, el bien que viniere para todos sea, y el mal, para quien lo fuere a buscar...”

[...]

–Digo, pues que en un lugar de Estremadura había un pastor cabrerizo (quiero decir que guardaba cabras), el cual pastor o cabrerizo, como digo, de mi cuento, se llamaba Lope Ruiz; y este Lope Ruiz andaba enamorado de una pastora que se llamaba Torralba, la cual pastora llamada Torralba era hija de un ganadero rico, y este ganadero rico... (I, 20).

En la cosmovisión de este campesinado figura el orgullo por la calidad de cristiano viejo (“cuatro dedos de enjundia de cristianos viejos” dice Sancho que tiene, y en otra ocasión afirma que “Yo no estoy preñado de nadie, ni soy hombre que me dejaría empreñar, del rey que fuese; y, aunque pobre, soy cristiano viejo, y no debo nada a nadie”): orgullo al que se suma el desprecio general por el converso; en el *Quijote* se recordará la expulsión de los moriscos y la dramática historia personal de Ricote.

Este Ricote pertenece a otra categoría de tipos sociales, la de los marginados, igualmente representados con gran variedad en la obra de Cervantes.

MARGINALES

Una de las fuentes de inquietud es la que proviene de los grupos marginales⁵, que se sienten como elementos de desorden social.

Desde la década de 1540 se desarrollaba un intenso debate en torno al fenómeno de la pobreza y los mendigos. Había posturas como la del benedictino Juan de Robles que preconizaban encerrar a los mendigos y prohibir la mendicidad, y otras que defendían la práctica tradicional de la limosna. Libros como el *Amparo de pobres* de Cristóbal Pérez de Herrera (1598) plantean

⁵ Ver C. SAN AYÁN, “Minorías y marginados”, en *La vida cotidiana en la España de Velázquez*, ed. J. Alcalá Zamora, Madrid, Temas de hoy, 1989, pp. 127-47.

un programa global que defiende la atención a los pobres pero denuncia a los falsos mendigos, que constituyen una lacra social y que encontramos en las páginas de la novelas picarescas como el *Guzmán de Alfarache* o en la cofradía de los mendigos y gorriones del *Buscón* de Quevedo. Cercanos a estos parecen los peregrinos que piden la limosna a Sancho y entre los cuales encuentra a su paisano Ricote:

... vio que por el camino por donde él iba venían seis peregrinos con sus bordones, de estos extranjeros que piden la limosna cantando, los cuales, en llegando a él, se pusieron en ala, y, levanta[n]do las voces todos juntos, comenzaron a cantar en su lengua lo que Sancho no pudo entender (II, 54).

Los gitanos aparecen sobre todo en la novela ejemplar de *La Gitanilla*, caracterizados con los tópicos habituales de ladrones y gente de mal vivir, nómadas y fuera de la sociedad reglada, como los define Covarrubias en su *Tesoro de la lengua castellana*, de 1611: “Esta es una gente perdida y vagabunda, inquieta, engañadora, embustidora”.

Bastante nómadas son también las prostitutas ínfimas, esas mozas del partido, que iban a Sevilla con unos arrieros y que don Quijote rebautiza como altas doncellas:

Estaban acaso a la puerta dos mujeres mozas, destas que llaman del partido, las cuales iban a Sevilla con unos arrieros que en la venta aquella noche acertaron a hacer jornada; y, como a nuestro aventurero todo cuanto pensaba, veía o imaginaba le parecía ser hecho y pasar al modo de lo que había leído, luego que vio la venta, se le representó que era un castillo con sus cuatro torres y chapiteles de luciente plata, sin faltarle su puente levadiza y honda cava, con todos aquellos adherentes que semejantes castillos se pintan (I, 2).

Más potencial de marginalidad enemiga de la sociedad representan los delincuentes. En el *Quijote* hay dos episodios nucleares en este sentido: el de los galeotes y el de los bandoleros de Barcelona. En el primero se ofrece una pintura cercana a los mundos de germanía, picarescos o de las jácaras de Quevedo. Se traza una serie de esbozos de delincuentes y delitos, con jerga germanesca que don Quijote no entiende a veces: cantar en el potro, ir a gurapas... Destaca el Ginés de Pasamonte, cabecilla de estos forzados liberados por el loco caballero:

Con esta licencia, que don Quijote se tomara aunque no se la dieran, se llegó a la cadena, y al primero le preguntó que por qué pecados iba de tan mala guisa. Él le respondió que por enamorado iba de aquella manera.

—¿Por eso no más? —replicó don Quijote—. Pues, si por enamorados echan a galeras, días ha que pudiera yo estar bogando en ellas.

—No son los amores como los que vuestra merced piensa —dijo el galeote—; que los míos fueron que quise tanto a una canasta de colar, atestada de ropa blanca, que la abracé conmigo tan fuertemente que, a no quitármela la justicia por fuerza, aún hasta agora no la hubiera dejado de mi voluntad. Fue en fragante, no hubo lugar de tormento; concluyóse la causa, acomodáronme las espaldas con ciento, y por añadidura tres precisos de gurapas, y acabóse la obra.

—¿Qué son gurapas? —preguntó don Quijote.

—Gurapas son galeras —respondió el galeote.

El cual era un mozo de hasta edad de veinte y cuatro años, y dijo que era natural de Piedrahíta. Lo mismo preguntó don Quijote al segundo, el cual no respondió palabra, según iba de triste y malencónico; mas respondió por él el primero, y dijo:

—Éste, señor, va por canario; digo, por músico y cantor.

—Pues, ¿cómo —repitió don Quijote—, por músicos y cantores van también a galeras?

—Sí, señor —respondió el galeote—, que no hay peor cosa que cantar en el ansia.

—Antes he yo oído decir —dijo don Quijote— que quien canta sus males espanta.

—Acá es al revés —dijo el galeote—, que quien canta una vez llora toda la vida.

—No lo entiendo —dijo don Quijote (I, 22).

En cuanto al bandolerismo, en esta época hay dos focos especialmente importantes: Cataluña y Andalucía. Francisco Manuel de Melo, entre otros, deja testimonio de la consideración que tenían los bandoleros catalanes que aparecen también en el *Quijote*:

Son los catalanes por la mayor parte hombres de durísimo natural. En las injurias muestran gran resentimiento y por eso son inclinados a la venganza, estiman mucho su honor y su palabra... La tierra, abundante de asperezas, dispone su ánimo vengativo a terribles efectos con pequeña ocasión, el quejoso o agraviado deja los pueblos y se entra a vivir en los bosques, donde con continuos asaltos fatiga los caminos... Algunos han tenido por cosa política fomentar sus parcialidades por hallarse poderosos en los acontecimientos civiles: con este motivo han conservado siempre entre sí los dos famosos bandos de Narros y Cadells, no menos celebrados y dañosos a su patria que los Güelfos y Gibelinos...

Roque Guinart es amigo de los Narros y enemigo de los Cadells. En el episodio de la Segunda parte del *Quijote* se retrata a Guinart como un caballero lanzado a la venganza y a la violencia, con ínfulas de cortesía y también con resoluciones brutales:

... dijo Roque a don Quijote:

—Nueva manera de vida le debe de parecer al señor don Quijote la nuestra, nuevas aventuras, nuevos sucesos, y todos peligrosos; y no me maravillo que así le parezca, porque realmente le confieso que no hay modo de vivir más inquieto ni más sobresaltado que el nuestro. A mí me han puesto en él no sé qué deseos de venganza, que tienen fuerza de turbar los más sosegados corazones; yo, de mi natural, soy compasivo y bien intencionado; pero, como tengo dicho, el querer vengarme de un agravio que se me hizo, así da con todas mis buenas inclinaciones en tierra, que persevero en este estado, a despecho y pesar de lo que entiendo; y, como un abismo llama a otro y un pecado a otro pecado, hanse eslabonado las venganzas de manera que no sólo las mías, pero las ajenas tomo a mi cargo; pero Dios es servido de que, aunque me veo en la mitad del laberinto de mis confusiones, no pierdo la esperanza de salir dél a puerto seguro.

Admirado quedó don Quijote de oír hablar a Roque tan buenas y concertadas razones, porque él se pensaba que, entre los de oficios semejantes de robar, matar y saltar no podía haber alguno que tuviese buen discurso, y respondióle:

—Señor Roque, el principio de la salud está en conocer la enfermedad y en querer tomar el enfermo las medicinas que el médico le ordena: vuestra merced está enfermo, conoce su dolencia, y el cielo, o Dios, por mejor decir, que es nuestro médico, le aplicará medicinas que le sanen, las cuales suelen sanar poco a poco y no de repente y por milagro; y más, que los pecadores discretos están más cerca de enmendarse que los simples; y, pues vuestra merced ha mostrado en sus razones su prudencia, no hay sino tener buen ánimo y esperar mejoría de la enfermedad de su conciencia; y si vuestra merced quiere ahorrar camino y ponerse con facilidad en el de su salvación, véngase conmigo, que yo le enseñaré a ser caballero andante, donde se pasan tantos trabajos y desventuras que, tomándolas por penitencia, en dos paletas le pondrán en el cielo (II, 60).

De todos los grupos marginales conflictivos que hallan su lugar en el mosaico de la novela quizá los más llamativos y de tratamiento más complicado sean los moriscos.

Aunque en la vida cotidiana hubiera a menudo una convivencia apacible, como parece reflejar la historia de Ricote, probablemente la realidad del cautiverio y la guerra constante con el Islam mantenían viva una desconfianza excitada por episodios como la rebelión de las Alpujarras de 1568. Esta coyuntura desemboca en el decreto de expulsión de octubre de 1609, que afectó a todos los reinos, pero especialmente al de Aragón, muy abundante en moriscos.

La historia de Ricote nace de estas circunstancias, y ha dado lugar a numerosas interpretaciones de la crítica cervantista sobre la postura que Cervantes mantiene frente al problema morisco.

Sancho se emociona ante la tragedia personal de Ricote, vecino y amigo, que ha visto su vida destrozada por el decreto de expulsión, sufrido por este morisco que se confiesa cristiano. Pero el mismo Ricote acepta la justicia de una medida cuya responsabilidad atribuye a muchos moriscos traidores a España:

... vieron todos nuestros ancianos, que aquellos pregones no eran sólo amenazas, como algunos decían, sino verdaderas leyes, que se habían de poner en ejecución a su determinado tiempo; y forzábame a creer esta verdad saber yo los ruines y disparatados intentos que los nuestros tenían, y tales, que me parece que fue inspiración divina la que movió a Su Majestad a poner en efecto tan gallarda resolución, no porque todos fuésemos culpados, que algunos había cristianos firmes y verdaderos; pero eran tan pocos que no se podían oponer a los que no lo eran, y no era bien criar la sierpe en el seno, teniendo los enemigos dentro de casa. Finalmente, con justa razón fuimos castigados con la pena del destierro, blanda y suave al parecer de algunos, pero al nuestro, la más terrible que se nos podía dar (II, 54).

En el *Persiles* (Libro III, cap. 11) Cervantes vuelve a tratar el problema morisco, poniendo en boca de un morisco cristiano sincero un alegato dirigido a Felipe III incitándole a erradicar a esa “mala casta” de España:

—Ea, mancebo generoso, ea, rey invencible. Atropella, rompe, desbarata todo género de inconvenientes y déjanos a España tersa, limpia y desembarazada de esta mi mala casta, que tanto la asombra y menoscaba...

Tragedia personal, simpatía por Ricote y familia, pero conciencia del problema político y religioso: en Cervantes las cosas tienen facetas múltiples y no

hay que buscar la simplificación. Por otra parte los problemas de la España del tiempo de Cervantes los siente este como español de su tiempo: nada extraño hay en ciertas posturas manifestadas en sus obras. Que Cervantes sea un escritor de amplia mirada, complejo, inconformista, original... no hay que discutirlo; que sus valores fundamentales respondan a los de su patria y su época tampoco. Cultores de postmodernas escuelas de crítica literaria andan empeñados en interpretar a Cervantes como un ilustrador de las nociones de los *cultural studies*: la clave de su obra, quieren decir, es la problemática del “género”, el “bilingüismo del aprendizaje del idioma del otro”, etc. No lo creo. La obra de Cervantes no ha sido escrita para ejemplo de unas prácticas hermenéuticas que pasarán de moda. Toda herramienta de análisis es buena si sirve para comprender el texto; es superflua si quiere poner al texto a su servicio, forzando sus circunstancias y sentidos.

Dada la experiencia cervantina y su coyuntura histórica, Cervantes no puede menos que considerar al Islam un peligro. Otra cosa es el problema de los moriscos, visto en individuos como Ricote o su familia, el drama personal de los expulsados, sobre todo si son conversos sinceros. Esta postura no es única en la España del Siglo de Oro. Calderón, en *El Tuzaní de la Alpujarra*, se hace eco también de los problemas humanos que implica la conflictiva convivencia de las dos comunidades y no recata críticas a ciertas medidas extremas y a violencias injustas, pero en ningún momento, ni Cervantes ni Calderón, defenderán la validez última de la “lengua” (religión, visión del mundo...) del otro, por decirlo en términos postmodernos.

Otra aparición menos intensa tienen marginados de diferente entidad, como los esclavos. Así imagina Sancho convertir en dineros sus vasallos negros, que piensa recibir con la famosa gobernación que su amo le viene prometiéndole:

Sólo le daba pesadumbre el pensar que aquel reino era en tierra de negros, y que la gente que por sus vasallos le diesen habían de ser todos negros; a lo cual hizo luego en su imaginación un buen remedio, y díjose a sí mismo:

—¿Qué se me da a mí que mis vasallos sean negros? ¿Habrá más que cargar con ellos y traerlos a España, donde los podré vender, y adonde me los pagarán de contado, de cuyo dinero podré comprar algún título o algún oficio con que vivir descansado todos los días de mi vida? ¡No, sino dormíos, y no tengáis ingenio ni habilidad para disponer de las cosas y para vender treinta o diez mil vasallos en dácame esas pajas! Par Dios que los he de volar, chico con grande, o como pudiere, y que, por negros que sean, los he de volver blancos o amarillos. ¡Llegaos, que me mamo el dedo! (I, 29).

Los esclavos eran abundantes en Sevilla y Lisboa. Unos realmente eran cautivos de guerra, sobre todo del norte de África, aunque había esclavos de otras partes. La Corona había prohibido el tráfico de esclavos, pero desde el siglo XIV había esclavos negros traídos de las costas africanas. En 1479 los españoles reconocieron el monopolio portugués. Hacia las Indias se intensificó progresivamente el transporte de esclavos. En el teatro del Siglo de Oro, y en general en la literatura de la época, asoman a menudo, con una serie de motivos tópicos (marcas, castigos, habilidades, etc.). Era frecuente la manumisión, y en general los que servían de criados no parecen haber llevado una vida muy distinta de los demás criados no esclavos.

EL CAUTIVERIO

He apuntado que la realidad del cautiverio y la piratería berberisca acentuaba este recelo sentido hacia los musulmanes. Cervantes había experimentado en propia persona el enfrentamiento con el Islam en la batalla de Lepanto –de la que siempre se sintió orgulloso– y en el terrible cautiverio de Argel. En obras de teatro como *Los tratos de Argel* o *Los baños de Argel* recoge numerosos detalles de la época de cautiverio, que vuelve a reescribir en el *Quijote* en la historia del capitán cautivo Ruy Pérez de Viedma. Esta historia es también muy representativa de otro grupo social: el de los hidalgos no demasiado ricos que cursan la carrera de las armas. El relato del capitán incluye algunos episodios vitales característicos: viaje a Italia (Génova y Milán), batallas en Flandes en el ejército del duque de Alba, participación en la batalla de Lepanto bajo el mando de don Juan de Austria, experiencia del cautiverio. Como se ve el personaje es en parte un reflejo del propio Cervantes:

... yo me hallé en aquella felicísima jornada, ya hecho capitán de infantería, a cuyo honroso cargo me subió mi buena suerte, más que mis merecimientos. Y aquel día, que fue para la cristiandad tan dichoso, porque en él se desengañó el mundo y todas las naciones del error en que estaban, creyendo que los turcos eran invencibles por la mar: en aquel día, digo, donde quedó el orgullo y soberbia otomana quebrantada, entre tantos venturosos como allí hubo (porque más ventura tuvieron los cristianos que allí murieron que los que vivos y vencedores quedaron), yo solo fui el desdichado, pues, en cambio de que pudiera esperar, si fuera en los romanos siglos, alguna naval corona, me vi aquella noche que siguió a tan famoso día con cadenas a los pies y esposas a las manos (I, 39).

Otra historia de cautividad, con la presencia de los renegados y otros motivos del género, aderezados en esta ocasión con una buena dosis de coincidencias maravillosas, se traza en los capítulos que narran las aventuras de don Gregorio, el novio de Ana Félix, la hija de Ricote.

LA NOBLEZA

Pérez de Viedma pertenece a la clase de los hidalgos, rango inferior de la nobleza, clase o estrato social dominante.

El mismo don Quijote es, como se nos dice en el comienzo de la novela, “un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor”, caracterizado como miembro de un nivel inferior dentro de su categoría, empobrecido y aislado en la vida de aldea.

Una de las cosas que le achacan a este hidalgo es, como dice Sancho, que se haya querido meter en el rango de los caballeros, superior al de los simples hidalgos, máxime teniendo en cuenta su pobreza (se ve pues la importancia del dinero, además de la nobleza):

Los hidalgos dicen que, no conteniéndose vuestra merced en los límites de la hidalguía, se ha puesto *don* y se ha arremetido a caballero con cuatro cepas y dos yugadas de tierra y con un trapo atrás y otro adelante. Dicen los caballeros que no querrían que los hidalgos se opusiesen a ellos, especialmente aquellos hidalgos escuderiles que dan humo a los zapatos y toman los puntos de las medias negras con seda verde.

Caballeros de buen pasar se encuentran varios en el *Quijote*, unos urbanos, como don Antonio en Barcelona, otros rurales y dedicados a una vida de áurea medianía, como el Caballero del Verde Gabán, cuyo placentero discutir evoca él mismo en un fragmento memorable:

—Yo, señor Caballero de la Triste Figura, soy un hidalgo natural de un lugar donde iremos a comer hoy, si Dios fuere servido. Soy más que medianamente rico y es mi nombre don Diego de Miranda; paso la vida con mi mujer, y con mis hijos, y con mis amigos; mis ejercicios son el de la caza y pesca, pero no mantengo ni halcón ni galgos, sino algún perdigón manso, o algún hurón atrevido. Tengo hasta seis docenas de libros, cuáles de romance y cuáles de latín, de historia algunos y de devoción otros; los de caballerías aún no han entrado por los umbrales de mis puertas. Hojeo más los que son profanos que los devotos, como sean de honesto entretenimiento, que deleiten con el lenguaje y admiren y suspendan con la invención, puesto que éstos hay muy pocos en España. Alguna vez como con mis vecinos y amigos, y muchas veces los convidó; son mis convites limpios y aseados, y no nada escasos; ni gusto de murmurar, ni consiento que delante de mí se murmure; no escudriño las vidas ajenas, ni soy lince de los hechos de los otros; oigo misa cada día; reparto de mis bienes con los pobres, sin hacer alarde de las buenas obras, por no dar entrada en mi corazón a la hipocresía y vanagloria, enemigos que blandamente se apoderan del corazón más recatado; procuro poner en paz los que sé que están desavenidos; soy devoto de Nuestra Señora, y confío siempre en la misericordia infinita de Dios Nuestro Señor (II, 16).

Los nobles constituyen en el siglo XVII la cima de la sociedad. Sobre hidalgos y caballeros están los nobles de título, como los Duques. Estos grandes nobles en el XVII han dejado de ser guerreros y se han convertido en cortesanos, aunque mantienen sus privilegios. Don Quijote contrapone los cortesanos que viven cómodamente (como esos Duques solo preocupados por su diversión) a los verdaderos andantes que miden la tierra con sus pies y sufren trabajos y peligros:

... no es merecedora la depravada edad nuestra de gozar tanto bien como el que gozaron las edades donde los andantes caballeros tomaron a su cargo y echaron sobre sus espaldas la defensa de los reinos, el amparo de las doncellas, el socorro de los huérfanos y pupilos, el castigo de los soberbios y el premio de los humildes. Los más de los caballeros que agora se usan, antes les crujen los damascos, los brocados y otras ricas telas de que se visten, que la malla con que se arman; ya no hay caballero que duerma en los campos, sujeto al rigor del cielo, armado de todas armas desde los pies a la cabeza; [...] agora, ya triunfa la pereza de la diligencia, la ociosidad del trabajo, el vicio de la virtud, la arrogancia de la valentía y la teórica de la práctica de las armas, que sólo vivieron y resplandecieron en las edades del oro y en los andantes caballeros (II, 1).

Los nobles perezosos han abandonado el noble oficio militar y vegetan en la corte envueltos en comodidades. En el debate de armas y letras⁶, que trans-

⁶ Ver M. MONER, *Cervantes: Deux thèmes majeurs (L'amour - Les armes et les lettres)*, Toulouse, Université de Toulouse-Le Mirail, France-Iberie Recherche, 1986.

parenta un debate histórico real, Cervantes se inclina por las armas, sin perjuicio de las letras: en sus parodias y burlas, como en la batalla de los rebaños de ovejas, no se percibe el antimilitarismo que algunos han visto, sino la crítica de la guerra absurda (como la de los pueblos del rebuzno) y la defensa de la guerra justa, problema importante en un momento en que España tiene muchos frentes de batalla abiertos, con algunos periodos de paz inestable. En esas guerras y peligros, los nobles no responden como debieran: don Quijote responde, aun desde su locura, a esa misión incumplida por los caballeros modernos. La patria y la religión son los valores que orientan toda la actividad del ingenioso hidalgo.

EL CLERO

Don Quijote, en efecto, siempre se manifiesta patriota y fiel católico. Se ha señalado, sin embargo, cierta propensión a la sátira clerical. El mismo cura del pueblo de don Quijote abandona a sus feligreses para ir detrás del loco hidalgo. Pero si bien es cierto que las autoridades eclesiásticas condenaban este abandono de sus deberes por parte de algunos clérigos, no lo es menos que la actitud del cura puede interpretarse como el caso del pastor que sale en busca de la oveja perdida: don Quijote, al cual quieren regresar a su casa. En ese sentido no habría aquí ninguna crítica particular. Tampoco cabe interpretar en clave satírica episodios como el del traslado del cuerpo muerto, ni cabe dar mucha trascendencia al hecho de que un caballero tan cristiano como don Quijote no entre nunca en una iglesia. La interpretación de Américo Castro, por ejemplo, quien halla en Cervantes una actitud erasmista de cierta "hipocresía" religiosa, no creo que pueda sustentarse.

La importancia del clero en la España del siglo XVII hace inevitable su abundante presencia en cualquier texto de la época que describa un amplio sector social, como es el *Quijote*. La Inquisición no desempeña gran papel en la novela: a la Inquisición acuden los renegados que consiguen volver a la patria para reintegrarse al gremio de la Iglesia; quemados como herejes deberían ser (y lo son) los libros de caballerías en el escrutinio de la biblioteca quijotesca, y la misma alusión se da a propósito de los libros del ventero:

- Falta nos hacen aquí ahora el ama de mi amigo y su sobrina.
- No hacen —respondió el barbero—, que también sé yo llevarlos al corral o a la chimenea; que en verdad que hay muy buen fuego en ella.
- Luego, ¿quiere vuestra merced quemar más libros? —dijo el ventero.
- No más —dijo el cura— que estos dos: el de *Don Cirongilio* y el de *Felixmarte*.
- Pues, ¿por ventura —dijo el ventero— mis libros son herejes o flemáticos, que los quiere quemar?
- Cismáticos queréis decir, amigo —dijo el barbero—, que no flemáticos.
- Así es —replicó el ventero—; mas si alguno quiere quemar, sea ese del Gran Capitán y dese Diego García, que antes dejaré quemar un hijo que dejar quemar ninguno desotros (I, 32).

Pero poco más. Hay en la novela clérigos buenos y sensatos, canónigos cultos, gente bientencionada y amable, y otros menos. El caso más satirizado

es sin duda el eclesiástico del palacio de los Duques (II, 31) que con tan impertinente acritud reprende a don Quijote:

... un grave eclesiástico, destos que gobiernan las casas de los príncipes; destos que, como no nacen príncipes, no aciertan a enseñar cómo lo han de ser los que lo son; destos que quieren que la grandeza de los grandes se mida con la estrechez de sus ánimos; destos que, queriendo mostrar a los que ellos gobiernan a ser limitados, les hacen ser miserables; destos tales, digo que debía de ser el grave religioso que con los duques salió a recibir a don Quijote.

Pero nótese que la crítica no se dirige a la faceta propiamente religiosa, sino a la impertinencia de un preceptor creído de su sensatez. Ahora bien: es cierto que en una España impregnada de religión, el *Quijote* es un libro muy desacralizado. Pero el mismo Cervantes explica en el prólogo de su novela que no “tiene para qué predicar a ninguno, mezclando lo humano con lo divino, que es un género de mezcla de quien no se ha de vestir ningún cristiano entendimiento”. El cristianismo sí aparecerá en la hora de la muerte del héroe: pero ya no es tiempo de bromas y don Quijote ha recobrado la razón.

La escena de la muerte de don Quijote es clave en este sentido. Cervantes ha construido la escena del fin de su personaje según el modelo exacto de buena muerte cristiana, tal como lo describen numerosos tratados de la época, en su propio lecho (lugar sacralizado) según los pasos adecuados y con todos los ritos cumplidos, recibidos los sacramentos; como subraya Godoy⁷:

Don Quijote muere ejemplarmente en su lecho de muerte, rodeado de su medio familiar [...] ha tranquilizado su espíritu por medio de la confesión y ha quedado en paz con el mundo mediante su testamento. [...] Se cumple lo anotado por el padre Alejo Venegas, que recoge las disposiciones establecidas en Trento: “la muerte no se debe poner entre los males, porque la muerte de los que mueren en gracia no es otra cosa sino que salida de la cárcel, un fin del destierro, un remate de los trabajos del cuerpo, un puerto de tempestades...”.

Cervantes ha rescatado a su personaje de la locura y ha culminado su historia no solo con el regreso a su casa terrena, sino con el regreso a la casa del Padre.

En su camino aventurero le llega la hora de morir y abandonar sus fantasías: su progreso gradual hacia la cordura puede verse como un proceso que, siguiendo el curso de las ideas del siglo XVII, termina con una lección de desengaño... “En los nidos de antaño no hay pájaros hogaño” dice don Quijote moribundo.

Pocas décadas más tarde, con la paz de Westfalia (1648), toda España podría decir lo mismo.

⁷ E. GODOY, “El arte de bien morir en el *Quijote*”, en *Temas del barroco hispánico*, ed. I. ARELLANO y E. GODOY, Madrid, Iberoamericana, 2004, pp. 129-47.

BIBLIOGRAFÍA

- FEROS, A. y GELABERT, J., *España en tiempos del Quijote*, Madrid, Taurus, 2004.
- GODOY, E., “El arte de bien morir en el *Quijote*”, en *Temas del barroco hispánico*, ed. I. Arellano y E. Godoy, Madrid, Iberoamericana, 2004, pp. 129-47.
- MONER, M., *Cervantes. Deux thèmes majeurs (L'amour - Les armes et les lettres)*, Toulouse, Université de Toulouse-Le Mirail, France-Iberie Recherche, 1986.
- REDONDO, A., *Otra manera de leer el Quijote*, Madrid, Castalia, 1997.
- SALOMON, N., *Lo villano en el teatro del Siglo de Oro*, Madrid, Castalia, 1985.
- SAN AYÁN, C., “Minorías y marginados”, en *La vida cotidiana en la España de Velázquez*, ed. J. Alcalá Zamora, Madrid, Temas de hoy, 1989, pp. 127-47.
- SANTAMARÍA ARNÁIZ, M., “La alimentación”, en *La vida cotidiana en la España de Velázquez*, ed. J. Alcalá Zamora, Madrid, Temas de hoy, 1989, pp. 305-36.